

TOUSSAINT LOUVERTURE, GUERRERO Y POLITICO

Por Nicolás Guillén

Al develarse un cuadro al óleo de Toussaint Louverture en el Ayuntamiento de La Habana, Nicolás Guillén, nuestro poeta nacional, pronunció certeras palabras sobre la vida y la obra del hombre genial. Aquí ofrecemos su discurso a los lectores de HOY.

Honorable señor Presidente de la República de Haití;

Excelentísimo señor Ministro de Estado;
Señoras y Señores:

Hace un poco más de dos siglos, tocó en las playas del Africa Occidental un buque negrero francés, en ruta hacia la colo-



TOUSSAINT LOUVERTURE

nia de Santo Domingo. Su capitán, de cuyo nombre no ha querido acordarse la historia, recibió entre el cargamento de esclavos que habría de transportar a la América, a cierto joven prisionero de una tribu enemiga de la suya, con la cual estaba en guerra, y que se decía vástago de Gaou-Guinou, temido rey de los belicosos ararás.

Como en los cuentos de hadas, aquel desdichado príncipe iba a tener un destino bien extraño y poético. Rendida la dramática travesía del Atlántico, pisó tierra al fin en una de las Antillas, la montañosa Haití, cuya parte occidental hallábase entonces bajo el cruel dominio de la corona

de Francia. Allí, el augusto pasajero fué vendido a un aristócrata dueño de la colonia Breda, quien, compadeciéndose del nuevo siervo, dejólo en absoluta libertad.

Pronto se convirtió el recién llegado al cristianismo, que era la única religión tolerada en la isla. Casó después con una mujer de su misma "nación", esto es, de su misma tribu, y de tal matrimonio vinieron al mundo ocho hijos, tres hembras y cinco varones. Entre estos últimos, el mayor iba a ser, andando el tiempo, uno de esos seres extraordinarios que hunden con huella profunda su paso por la historia. En la segura inmortalidad de que hoy disfruta, el mundo le conoce bajo el nombre de Toussaint Louverture. Es él quien ahora nos junta aquí, para verle penetrar, con su luz de guerrero y de político, en la galería de hombres ilustres del Ayuntamiento de La Habana.

* * *

Señores: Francois Dominique Toussaint, que así era el verdadero nombre de aquel genio, nació el 20 de mayo de 1746 en la mentada colonia Breda, donde vivían sus padres. Viósele al principio tan débil, de salud tan escasa, que por algún tiempo —todo el de su infancia— quien habría de ser poderoso y temido no infundió otros temores que los que sufrían los suyos ante la inminencia de perderle. Con todo, logróse al fin fuerte y sano, como si la gloria tuviera empeño en preparar aquellos hombros para que resistieran el peso agobiador con que pronto iba a cargarlos.

De su juventud y madurez se sabe que desempeñó, hasta los cincuenta años, los más altos empleos a que podía aspirar un esclavo como él; los más brillantes y envidiados. Baste decir que fué, primero, mozo de cuadra; después —ya en la cima de su edad—cochero de confianza. Perdió a la madre desde temprano, y aprendió de su padre, como él mismo escribiera alguna vez, "el camino de la virtud y de la probidad". Y no sólo eso, sino el conocimiento misterioso de las plantas medicinales que pueblan los trópicos, y que tanta influencia iba a darle más tarde sobre los esclavos cimarrones de las montañas haitianas. Casó joven. Fué ordenado y discreto; sobrio en las costumbres y enérgico en el carácter. Ni aún sus más encarnizados enemigos pudieron regatearle nunca la admiración que en ellos despertaba su ofuscadora inteligencia.

Sábese también — el gran Sannon lo cuenta en su historia — que un negro viejo, su padrino, lo enseñó a leer y escribir por modo urgente y no completo, rudimentos que el discípulo ampliaría más tarde con largueza. Porque a partir de los cuarenta años sintió este esclavo tal ansia de cultura, que se aplicó día y noche al estudio. Pronto hizose a las más árduas lecturas, mejor si trataban de cosas referentes a la política y a la guerra, las que no vanamente relacionaba con suma perspicacia. Un marino inglés, el capitán Rainsford, náufrago junto a las costas haitianas en los grandes días de Toussaint, cuenta que halló en la biblioteca del prócer negro a Julio César y a Declaison, a Herodoto y a Plutarco.

¿Cuándo se pone en contacto con las ansias de libertad que inflamaban el pecho de sus hermanos? Desde los primeros momentos, al estallar la revolución Francesa. El vivió siempre penetrado del espanto de la esclavitud, que se desprendía de aquella sociedad como un miasma terrible. Quizá no tanto por una necesidad física en él, pues su servidumbre fué dulce y familiar, como por su espíritu de justicia ofendido ante el espectáculo de los miles de seres inocentes que morían a su lado, lo mismo que bestias sin redención. Pudo haberse amoldado blandamente a la vida pacífica de Breda, a la tranquila compañía de los suyos, al disfrute de su no despreciable fortuna, superior a quinientos mil francos, según confiesa en sus memorias, escritas ya prisionero de Napoleón, en el fuerte de Joux. Lejos de eso, corre a buscar a Bouckman, a Biassou, a Jean Francois, a los jefes de las dotaciones de esclavos, sublevados contra los amos, para instruirlos en los principios proclamados por la Revolución, que según sus palabras había cambiado su destino de negro esclavo como cambiaría los del mundo. Con todo, Toussaint no tomó parte en las terribles matanzas de colonos, sino que salvó a muchos amos de una muerte segura.

Entre tanto, la guerra incendia el suelo colonial de punta a punta. El levantamiento de los esclavos termina en 1793, con la proclamación de la libertad general, dictada por la Convención; pero Santo Domingo es, como Europa, escenario de la lucha de ingleses y españoles contra Francia. Habiendo peleado primero al servicio de España, en las tropas de Biassou, Toussaint pasa pronto a las de la República, y salva para ésta la colonia. Francia, agradecida, lo hace primero General de Brigada; luego, General de División... Más tarde, General en Jefe del ejército de Santo Domingo. Pronto habrá de temerle, y no sin razón.

Dueño ya de todo el mando militar de la colonia, no disimula Toussaint, el viejo esclavo, su sueño larga y secretamente acari-

ciado: la independencia definitiva de su patria. Apenas salido de la guerra civil, y vencido Rigaud, Toussaint acomete la empresa de reunir bajo su mano toda la Isla, y así lo hace después de una campaña fulminante que abate el poderío español.

Urge decir de inmediato que Toussaint fué, tanto como un indómito guerrero, un habilísimo organizador. A pesar de su inmenso poder, que lo hacía el dueño absoluto de la isla, supo usarlo con extrema moderación. Gobernó apoyándose en blancos y negros, y sólo escogió a los funcionarios midiéndoles la competencia. Organizó los recursos de la colonia, postrada tanto por una larga guerra como por los importantes cambios operados en la estructura social; instauró una disciplina férrea en la Administración Pública; creó numerosas escuelas en todo el territorio; concluyó audazmente (a espaldas del gobierno metropolitano) sendos tratados con Inglaterra y los

Estados Unidos, que extendían a la marina de estos países antiguos privilegios de la flota francesa; sostuvo el derecho de los habitantes de Santo Domingo a ejercer las funciones del gobierno; protegió a los campesinos, impulsándolos en el desarrollo de la Agricultura; persiguió como un crimen la vagancia; unificó e instruyó el ejército... En todo anduvo con tanta soltura y decisión, que de hecho Francia quedó fuera de la dominación colonial. Como si ello fuera poco, el organizador desdoblóse en político, e intentó el golpe final a la Metrópoli, mediante una Constitución especial para Santo Domingo, que fué redactada por una asamblea de diez miembros, y puesta en vigor con toda formalidad el 8 de julio de 1801. Era prácticamente la independencia. Era también el choque con Napoleón, ya Primer Cónsul, y vocero de la contrarrevolución en Francia.

Contrario a la libertad de los negros, Napoleón decidió implantar nuevamente la esclavitud en la antigua colonia, que tan lejos había llegado en pos de Toussaint. Su cuñado, Leclerc, la invade al frente de un ejército de 22 mil hombres. Se desata una lucha terrible. El jefe negro álzase de nuevo como en los años en que asombrara a ingleses y a españoles, bien que ahora no hay esperanzas de victoria. Vencido al fin, después de la página inolvidable de la Crete a Pierrot, retírase a Ennery, una de sus propiedades, a rumiar su dolor y a preparar su venganza. Por lo bajo, concierta voluntades, fragua poco a poco la unidad nacional, fortalece a los haitianos para la lucha otra vez por la libertad.

Un día, Leclerc lo sabe al interceptar una carta comprometedora. Pero no se sorprende: nunca había tenido fe en la sincera sumisión del jefe negro. Sólo que ordena su captura. El General Brunet, a cargo de esa tarea, lo atrae cobardemente a una

12

3

falsa cita, que es la prisión... El viaje hacia Francia, luego. El largo cautiverio en el fuerte de Joux. Una agonía de meses, y al muerte, al fin, el 7 de abril de 1803.

Señores: así vivió y murió uno de los genios más sorprendentes que haya tenido la humanidad, comparable por su espíritu —ya lo hizo Augusto Compe—con Washington, Buda, Platón o Carlomagno. Quizá más grande (como quería Chautebriand) que el propio Napoleón, que nació libre, recibió instrucción diversa y cuidadosa, y contó en sus manos con todos los recursos militares necesarios para sus fantásticas campañas, mientras Toussaint era apenas un esclavo perdido en las seivas de una triste colonia americana.

Con todo, no fué derrotado. El tronco del árbol de la libertad —como él mismo exclamara, al partir hacia Francia, a bordo del "Héroe"— desplomábase en el bosque, pero de sus raíces numerosas y profundas resurgiría más poderoso. Precursor, mártir, político, genio en una palabra, el antiguo esclavo de Breda, aquel humilde cochero negro, no tardaría en triunfar de los enemigos de su patria. Un año no más después de su muerte, el país unificado arrojaba de su seno a los franceses, para inaugurar, la primera nación latina en toda la América, el camino de la independencia.

Señor Presidente: En los días que corren, cargados de amargos presagios, es fuerte consuelo para el pueblo que hoy gobernáis con tan sabia mano, contar con hombres de la grandeza de Toussaint Louverture, porque su ímpetu colosal sostiene desde el fondo del pasado el cielo libre de la patria.

Los cubanos, que mucho hemos sufrido por el destino de la nuestra, sentimos fraterna alegría tributando homenaje a quien tanto sufrió por la grandeza de la suya. Frente a la estúpida concepción racista de los nazis, la magna vida de este hombre extraordinario, que se elevó desde la triste condición de esclavo a la suprema categoría de forjador de un pueblo, afirma una vez más universalidad del espíritu humano, que no puede caber en el estrecho marco en que quisiera verle encerrado ese delincuente vulgar que es Adolfo Hitler, en cuya destrucción definitiva estaría empeñado el genio de Toussaint, si aún brillara, como lo están hoy el pueblo de Haití y el de Cuba, junto al pueblo americano, junto al pueblo inglés, junto al pueblo soviético, junto a los demás pueblos libres de la tierra.

Hay, Oct 31/43

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS DOCUMENTALES

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA